

---

# CARTA OBSUR

---

REVISTA DIGITAL DEL OBSERVATORIO DEL SUR

*Número 2  
Mayo 2011*

## EN ESTE NÚMERO:

**EDITORIAL** ..... 1

### TEMA CENTRAL

BICENTENARIO: CELEBRACIÓN Y COMPROMISO ..... 3

BICENTENARIO, CATÓLICOS, IGLESIA, AYER, HOY, MAÑANA... ..... 8

### PREGUNTAS Y RESPUESTAS

TRES POR TRES: MIRADAS SOBRE EL BICENTENARIO ..... 13

### HECHOS Y DICHOS

A LOS CINCUENTA AÑOS DE LA MATER ET MAGISTRA (1575/1961-15/5/2011)..... 17

INSEGURIDAD Y CIUDADANÍA ..... 20

### ESPIRITUALIDAD

ESPIRITUALIDADES DE URUGUAYOS ..... 22

### REFLEXIONANDO EL EVANGELIO

EL EVANGELIO DOMINICAL ..... 25

### LEYENDO Y WEBEANDO

HISTORIA E HISTORIAS DE JACINTO VERA..... 28

WEBEANDO: ESPACIO LAICAL EN CUBA..... 30



Equipo de Redacción: Pablo Dabezies, César Aguiar,  
Mercedes Clara y Magdalena Martínez

*Nota: "Las opiniones vertidas en esta publicación no reflejan necesariamente la opinión institucional de OBSUR".*

## EDITORIAL

*La Redacción*

Que lo primero sea agradecer a quienes nos hicieron llegar, por diversos medios, palabras de aliento, de felicitación y también sugerencias. Esperamos que la comunicación con los lectores se intensifique y logremos ir creando juntos ese espacio de intercambio abierto, plural y fecundo que pretendemos ser.

Mirando el mes de mayo que cubre este número, queremos ante todo compartir algo. Conversando en la redacción, nos parecía necesario ocuparnos de lo acontecido en torno a la ley de caducidad, pero no de los vericuetos jurídicos, sino de lo que la ley encierra y la búsqueda por definir un camino que nos lleve verdaderamente a ir curando las crueles heridas abiertas en los años aciagos que hemos vivido, entre los 60 y los 80. Pero llegamos a la conclusión de que no éramos capaces. Y concretamente desde una perspectiva evangélica. Es una penosa limitación, pero creemos que lo más honesto es reconocerla. Y ver cómo podemos subsanarla, no necesariamente en nuestra "Carta", sino sobre todo en la reflexión de los grupos que comparten con nosotros un mismo espacio y sensibilidad eclesial. Recordamos a una testigo como Tota Quinteros que sí supo como creyente combinar una lucha incansable por la verdad y la justicia con una dolida voluntad de perdonar. ¿Dimos a su testimonio el lugar que hubiera merecido?

Nuestra debilidad en este campo, y ella se agrava cuando hablamos de un espacio fundamentalmente laical, refleja también la carencia de una voz más o menos significativa de nuestra Iglesia en todo lo que está implicado en torno a la malhadada ley. Hubo, según recordamos, tres documentos (dos en Montevideo, uno en Salto), que buscaron dar pautas de reflexión en la coyuntura del plebiscito de 1989, pero que no pasaron del nivel de las vicarías; y luego sólo palabras individuales sueltas, y algún intento de contribuir con propuestas (aquel de mons. Galimberti). Y nada más. Este silencio se agrega al que dominó en la actuación de la Conferencia Episcopal durante toda la dictadura sobre las violaciones de los DD HH. Lo consignamos como un hecho, sabiendo que su valoración es compleja y no se puede hacer sin tener en cuenta el conjunto de los datos. Podemos sí por lo menos decir aquí que nos enfrentamos a realidades (establecimiento de facto de la pena de muerte, torturas, desaparecidos...) que comprometen de lleno al tan llevado y traído binomio "cultura de vida-cultura de muerte". Sin embargo, no han merecido el tratamiento de "innegociable" que se afirma y aplica en otros aspectos de la dignidad humana por parte de la enseñanza eclesial.

Lo que nos produce desasosiego es que esta "ausencia" en el debate y búsqueda pública, procede de un cuerpo, la Iglesia, que tiene antiguas y muy arraigadas convicciones sobre lo que implica un verdadero proceso de reconciliación. Proceso que si bien está todo él iluminado por el llamado a la magnanimidad del perdón, no puede poner entre paréntesis el reconocimiento del mal que se ha hecho y la propia responsabilidad, así como el compromiso de nunca más practicarlo y la voluntad de reparar en lo que sea posible. Creemos sinceramente que desde nuestra Iglesia no hemos sido capaces de comunicar este mensaje de manera clara y equilibrada, es decir, manteniendo todos los elementos en armonía. Y mucho menos de intentar releerlo en el seno de este proceso que todavía vivimos.

Como católicos, como Iglesia, necesitamos mirar de frente nuestras limitaciones y carencias, y ver cómo podemos recorrer juntos un camino para superarlas y corregirlas.

En lo eclesial, la beatificación de Juan Pablo II, sobre la que se ha escrito y hablado enormemente ha dominado el inicio del mes. Al no ocuparnos de ello en el cuerpo de esta edición, le dedicamos aquí algunas consideraciones.

Ciertamente se trata de un testigo cristiano que marcó la segunda mitad del siglo XX, no sólo mirando la Iglesia, sino más ampliamente la escena mundial toda. Apreciamos sobre todo la fuerza del

testimonio de su fe, así como los gestos de apertura y diálogo en el campo religioso, de apuesta por la libertad de los pueblos y de lucha intransigente por la paz. La conmoción que provocó en todo el mundo su muerte, precedida de una larga enfermedad, dan buena prueba de la enorme irradiación de su servicio pastoral.

Su manera de interpretar el legado del Vaticano II, en el que fue importante protagonista sobre todo en la elaboración de la *Gaudium et spes*, seguirá sin embargo siendo apreciada diversamente, en particular en todo lo referente a la vida interna de la Iglesia. En ese sentido, su muy rápida beatificación tiende sin duda a dar fuerza a esa manera de entender y vivir el concilio, y al mismo tiempo deja abiertas preguntas incómodas ante una muy desigual consideración por testimonios como el del mártir Romero y el de Juan XXIII con su aporte incalculable al cristianismo contemporáneo y también a la causa del diálogo, la comprensión y la paz en el mundo (aprovechamos para recordar que el 15 de mayo se hizo 50 años de esa encíclica clave en varios aspectos que se llamó *Mater et magistra*). Su beatificación, polémicamente unida a la de Pío IX, fue también un mensaje amortiguador del significado transformador de las apuestas del Vaticano II para la Iglesia contemporánea.

Sin pretender ir más allá, estamos ante hechos que nos hablan de la multiforme riqueza de la vivencia de la fe en la historia de los hombres, con sus grandes diversidades, expresión de la libertad del Espíritu así como de la limitación humana, de las fragilidades y de las grandezas propias de lo que somos: creaturas de Dios, habitadas por su amor, llamadas a participar de su santidad. Y justamente, más allá de milagros y procesos más o menos rápidos, sabemos que el pueblo creyente tiene ese sentido de la fe por el que reconoce, y no en entusiasmos pasajeros, sino en admiraciones persistentes, a quienes son verdaderamente testigos de fidelidad en el seguimiento de Jesucristo.

## BICENTENARIO: CELEBRACIÓN Y COMPROMISO

Mario Juan Bosco Cayota

**Aclaración necesaria.** Se está celebrando este año el bicentenario del proceso emancipador del que fueron protagonistas los países americanos que formaron parte de la Corona Española. Conviene subrayar que **lo que se recuerda es el proceso emancipador**, ya que la formal independencia de España se produjo en estos países en fechas muy distintas. Incluso podría discutirse si este proceso se inicia en 1811 o con anterioridad. Lo cierto es que cobra fuerza a partir de ese año y, más allá de los antecedentes, se hace notoriamente visible. No obstante esta aclaración, resulta obviamente importante conmemorar estos hechos y reflexionar sobre ellos.

### Dos dimensiones a resaltar

Se comprenderá que es imposible abarcar en la presente nota la totalidad y complejidad del desarrollo revolucionario producido en América, así como pretender encarar aquí la Revolución Oriental en todas sus dimensiones. Pero es posible y fructífero **asociarse al bicentenario, resaltando dos dimensiones características del movimiento e ideario artiguista**. La primera: la opción preferencial por los pobres y la matriz evangélica de esta opción. La segunda: el protagonismo e incidencia del clero en el movimiento artiguista.

### La opción preferencial por los pobres

No es una interpolación impertinente referirse a las resoluciones y conducta del gobierno artiguista en relación a los “infelices” e identificar sus expresiones con la mencionada opción. Salvo Don Juan Zorrilla de San Martín, durante décadas, nadie concedió la importancia que tenía al **Reglamento de Tierras de 1815 y especialmente a su célebre opción: “los más infelices serán los más privilegiados”**, frase enfatizada por la historiografía reciente.

Sin embargo, la reciente revalorización de este Reglamento, que confiere a Artigas un claro perfil no liberal en materia económica y social, ha resultado en general insuficiente. La insistencia en el “Reglamento” ha hecho olvidar que el mismo, no obstante su importancia, constituye solo un elemento de la política social que el Prócer instrumenta a partir de 1815 -¡oh casualidad!: el año en que el franciscano Monterroso pasa a ser su secretario y consejero-, durante sus años de gobierno en Purificación.

### Una persistente política social

En nuestro libro *“Artigas y su derrota. Frustración o desafío”*, transcribimos muchísimos documentos que evidencian que la atención preferente a los pobres, a “los infelices”, no es una preocupación exclusiva del *“Reglamento de Tierras”*. Si se recopilaran y publicaran dichos documentos, su sola lectura, sin otro comentario, bastaría para comprender **la prioritaria política social del artiguismo hacia los pobres, y particularmente hacia los indios**. Esta política fue constante y, en el buen sentido de la palabra, “radical”. Tan radical, que impulsó al Director Supremo de las Provincias Unidas, Juan Martín de Pueyrredón, a disponer -en documento curiosamente poco divulgado- que Pedro Feliciano Cavia escribiera el terrible y calumnioso libelo contra Artigas. Pueyrredón consideraba las medidas a favor de los pobres del Prócer y su secretario, como una “doctrina perniciosa”. Será ésta “doctrina”, además, la que concitará la oposición de sus enemigos, que lo combatirán con saña.

### Artigas y el pensamiento liberal

La historiografía convencional ha presentado al “Protector de los Pueblos Libres”, como un caudillo influido por el pensamiento liberal del siglo XVIII. Esto podría ser cierto en cuanto a, por ejemplo, las “Instrucciones del año XIII”, donde notoriamente se adoptan no pocos de los artículos de las constituciones norteamericanas, -aún cuando ellos también se acompañan de conceptos y formulas típicas de los antiguos fueros ibéricos medievales. Pero, a medida que transcurre el tiempo y comienza a acompañarlo su secretario Monterroso, se advierte una evolución notoria y **un distanciamiento de las clásicas ideas del liberalismo, en especial en el plano económico y social.**

Conviene subrayar que en las fórmulas artiguistas aparece desde sus comienzos una clara incidencia de las doctrinas propias de los antiguos fueros hispánicos: no en el plano social, sino en la organización jurídico-política. Entre otros muchos conceptos, *“la soberanía particular de los pueblos”*. Aquí, la noción de ‘pueblo’ no se entiende como el conjunto de los integrantes de las naciones en general, sino que **refiere específicamente a la soberanía local de las comunas o municipios, según el viejo derecho ibérico medieval.** Lo mismo debe decirse de la institución de los cabildos: la concepción liberal predominante durante la organización de la República se apresurará a suprimirlos en nuestra Constitución de 1830.

### Un importante deslinde

En las últimas décadas se ha puesto énfasis, con razón, en uno de los elementos fundamentales del proyecto artiguista: las preocupaciones manifestadas y las medidas adoptadas por el Gobierno de Purificación en el plano social. Asimismo, **se ha revalorizado la figura del franciscano José Silverio Monterroso, reconociéndole como el principal consejero del Prócer** Este hecho es importante, pues el fraile franciscano había sido ferozmente calumniado, al igual que el Caudillo Oriental.

Un atento estudio comparado entre la doctrina jacobina y el pensamiento y conducta del movimiento artiguista, también hecho en *“Artigas y su derrota”*, muestra claramente, más allá de alguna aparente y coyuntural coincidencia, la total divergencia de paradigmas y filosofías entre ambas corrientes.

### La “opción” y su raíz

Por otra parte, la *“opción preferencial por los pobres”*, no es una mera opción “ideológica” o “sesentista” -como suele decirse-, pues se nutre del pensamiento de los “Santos Padres” y de los ideales de Francisco de Asís. Por otra parte, está también presente en los primeros evangelizadores de América. Asimismo, ¿acaso Don Bosco no hizo también esta opción, en pleno Turín liberal del siglo XIX?

**La conducta del Prócer hacia los indigentes es claramente evangélica**, y se inspira en esas corrientes históricas: basta leer atentamente los documentos -algunos, por cierto, poco difundidos-, para **comprobar el espíritu cristiano que la impulsa.** En lenguaje poco común, Artigas y Monterroso tratan a los indígenas de “amados hermanos”; y cuando se refieren a los pobres, no obstante las medidas radicales que disponen a su favor, recurren por ejemplo a la palabra “caridad”. Si se analizan los documentos artiguistas referidos al tema, se comprueba que este es su lenguaje habitual. Refiriéndose a los indios infieles, se piensa que, al acogerlos fraternalmente, ¡puede facilitarse su conversión!

En relación a los temas económicos, debe afirmarse claramente, que Artigas y su secretario no desconocerán **el derecho de propiedad privada**, pero, siguiendo la tradicional enseñanza de la Iglesia, afirmarán que este derecho -que no se desconoce- **está subordinado a otro de mayor jerarquía, que es el derecho universal al uso de los bienes necesarios.**

### Un fuerte anclaje ético

En una época en que muchos de los procesos hispanoamericanos comenzaban a admirar al liberal Adam Smith y al fisiócrata Quesnay, que fundan la economía en el interés individual, independizán-

dola de todo principio ético social, **el artiguismo asociará lo económico a lo ético**. De este modo, en el Reglamento de Tierras, se introduce un criterio ético para repartirlas-“pecado mortal” para la escuela liberal, que sostiene que la economía no es humana y que, como la física, tiene leyes inmutables, que no deben ser modificadas.

La historiografía convencional pasa por alto estos aspectos, insoslayables para comprender el auténtico pensamiento del Caudillo Oriental. Seguramente, esta actitud está vinculada **a la dificultad que tiene esta historiografía en reconocer a Artigas como católico**. Incluso se llega a esgrimir como argumento, no sin cierta morbosidad, la vida amorosa del Prócer, olvidando las circunstancias de la época, así como debilidades similares que, lamentablemente, tuvieron muchos Próceres, de los que nadie pone en duda su fe religiosa.

Hay que recordar también aquí los numerosísimos documentos del gobierno de Purificación, en los que se manifiesta una gran atención y disponibilidad a favor de la acción pastoral de la Iglesia. Es necesario afirmar que **Artigas no sólo es católico porque en su ostracismo en el Paraguay rezaba el rosario, sino porque –más allá de sus pecados- durante su gobierno se guió por principios claramente evangélicos**. Es verdad que muchos Próceres de la independencia de América fueron católicos, pero también masones y liberales, aún cuando integraban una masonería carente de la virulencia antirreligiosa de otras. José Artigas no fue liberal ni remotamente masón. ¡No existe ningún indicio de ello, sino todo lo contrario!

#### **Una visión historiográfica limitada**

Otra dificultad para captar la matriz cristiana del pensamiento artiguista en materia social, es el **desconocimiento que existe en muchos historiadores de las corrientes religiosas a las que hemos hecho referencia**. Así, por ejemplo, se presenta como una verdad indiscutible la influencia del ingeniero Nicolás de Azara en el Reglamento de Tierras. Don Nicolás, hombre inteligente y culto, se encontraba imbuido en lo político por las ideas del absolutismo propio del despotismo ilustrado - integraba la masonería española- y en lo social, del liberalismo económico; sentía, como se comprueba en varios trabajos suyos, un gran desprecio por los indios; aborrecía las misiones guaraníco-jesuitas -tan apreciadas por Artigas- y era partidario de una sociedad donde se mantuvieran fuertemente las diferencias jerárquicas, tal como lo hemos documentado en nuestros trabajos sobre este tema.

Ciertamente, el proyecto artiguista es un programa de vastas dimensiones, que no se reduce a su dimensión social, aunque esta sea importantísima. **Junto a la opción por lo pobres, estará la propuesta federal de crear una gran nación, integrada por lo que hoy son Argentina, Paraguay, Río Grande del Sur y Uruguay**. O su aspiración a crear una sociedad democrática, que asegurara la participación de todos.

La historiografía convencional ha estudiado de modo insuficiente, hasta ahora, el perfil específico de la organización democrática impulsada por el artiguismo. Una organización que se distanciaba de la democracia liberal de aquel tiempo, de base individualista, y en la que solo los ricos y poderosos podían elegir y ser gobernantes. Se auspiciaba en cambio una democracia de raíz comunitaria, aunque totalmente diversa a una organización de tipo colectivista y de corte autoritario. **La persona ocupará lugar prioritario en el proyecto artiguista**. Cuando el gobierno de Purificación dispone que se reciba a los indios, por todos rechazados, refiriéndose a la organización que habría de darse a sus pueblos, dice: *“de este modo, aprenderán a ser señores de sí mismos”*. Con razón los indios seguirán al Prócer, en muchos casos hasta el holocausto, y lo llamarán su “Padre”. Si se ahonda en la propuesta artiguista, atendiendo a los conceptos propios del Gobierno de Purificación, podría decirse, con palabras de hoy, que existe una visión humanista, en la que se coloca a la persona como centro, pero en estrecho vínculo con su comunidad.

### El clero y su rol protagónico y el artiguismo

Sobre esta dimensión del movimiento artiguista, podría escribirse un libro -nosotros lo hemos hecho-, ya que **el clero, en su gran mayoría, lo acompañará y en muchos casos tendrá un rol protagónico en aquel movimiento**. Aquí presentaremos un somero resumen de su incidencia, eligiendo algunas figuras que consideramos representativas.

Al abordar este tema, se imponen dos precisiones -escrúpulo de historiador-. Una: que no todos los sacerdotes serán partidarios de la independencia; sobre todo en el resto de América, los obispos de origen español, influidos por el regalismo borbónico, no se pliegan a este movimiento. También debe hacerse otro distinguo con los sacerdotes genéricamente llamados "patriotas". Entre estos, habrá algunos que no se identificarán con el ideario artiguista, o, con el andar del tiempo, lo abandonarán. Pero **la inmensa mayoría del clero se caracterizará por su acendrado artiguismo**. Incluso, varios beneméritos sacerdotes españoles lo acompañarán fervientemente, lo que evidencia que el proyecto artiguista no consistía en una lucha entre españoles y criollos.

Basta citar el caso del respetadísimo y por muchos años cura de San Carlos, Manuel de Amenedo y Montenegro, quien será declarado por Artigas "benemérito de la Patria"; y al destacado músico Fray Manuel Ubeda, fundador y cura de Trinidad.

### Antes del "Grito de Asencio"

**La presencia del clero se advierte desde los primeros conatos independentistas**. Se destacará la actuación del sabio presbítero Manuel Pérez Castellano en la Junta de año 1808, antecedente importante del proceso independentista que se iniciará con posterioridad. El mismo Pérez Castellano volverá a tener protagonismo en el Congreso de Capilla Maciel, al defender a Artigas de las arteras maniobras impulsadas por el gobierno porteño.

El año 1811 estará señalado ya en sus comienzos por el protagonismo del clero. El gobierno uruguayo con el acuerdo de todos los partidos políticos, ha resuelto celebrar el "Bicentenario", recordando como inicio el ya conocido "Grito de Asencio", del 28 de febrero de 1811. Pero al hacer memoria, se olvida de la primera reunión conspirativa patriota documentada, de la que fueron protagonistas -junto con otros patriotas- el párroco de Paysandú, Silverio Martínez y su teniente cura, el fraile dominico Ignacio Maestre. **La reunión, denominada el "Grito de Casablanca", por el lugar en que se produjo, está fechada el 11 de febrero de 1811: es, por tanto, anterior al de Grito de Asencio**. Dejando volar su imaginación, lo narra Don Isidoro de María. Y si bien no fue un acto expreso, constituye el comienzo de la rebelión oriental, como lo documentan los oficios españoles. Es de hacer notar que el Padre Martínez había sido párroco de Santo Domingo de Soriano y el Padre Maestre párroco de Soriano, lugares cercanos al "Grito de Asencio". Y que el Padre Tomás Figueredo, insigne patriota, lo era de Santo Domingo, al momento de la insurrección. Martínez escribió un interesante informe sobre los inicios de la revolución, narrando cómo los "naturales" -los indios-, se habían apoderado de los pueblos de Soriano y Mercedes y que era necesario ayudar a estos "héroes".

### Un "cruce" significativo

Entre las acciones de Casablanca, -11 de febrero- y el "Grito de Asencio" -28 de febrero-, el 15 de febrero Artigas atravesará el Río de la Plata, desde Colonia, para ponerse a las órdenes de la Junta de Buenos Aires. Pero no lo hizo solo: después de conversar toda la noche, fue acompañado por su amigo y confidente, el Pbro. José María Enriquez de la Peña, cura de Colonia. Este continuó después prestando importantes servicios a la causa artiguista.

### "Váyanse con sus amigos..."

El 18 de mayo de 1811 se libró la Batalla de las Piedras, primera gran derrota del imperio español en tierra oriental. Ante el duro revés sufrido -Montevideo era un bastión de la Corona-, el Virrey Elío,

resuelve la expulsión de los frailes, que ejecutará su edecán el capitán Pampillo, al mando de la tropa y con “su pistola amartillada”, al grito de “*váyanse con sus amigos los gauchos*”. Parecería que la referida resolución era una desproporción. Pero cuando se investiga quienes eran los expulsos, se comprende que no; **de los nueve franciscanos expulsados, siete habían enseñado en la Universidad de Córdoba y en los mejores colegios del Virreinato. Eran, pues, acreditados intelectuales, con una indudable gravitación en la sociedad colonial.**

En la Universidad de Córdoba se enseñaban la doctrina del eminente teólogo jesuita Francisco Suárez, quien sostenía en sus tesis que la soberanía, si bien se originaba en Dios, se encontraba en el pueblo, que era el encargado de traspasarla. Tesis que inicialmente, como lo hemos estudiado y documentado en nuestros trabajos, sirvieron para fundamentar el movimiento emancipador, a través del principio de la “retroversión”. Rousseau y los iluministas del siglo XVIII vinieron después. Antes eran muy escasamente conocidos.

### **Un personaje olvidado**

Resulta insoslayable mencionar a quien durante cinco años fuera el secretario y consejero de Artigas, en Purificación. En la investigación que publicaremos este año, se evidencia que el calumniado y vituperado Monterroso -presentado incluso como “apóstata”- **fue una personalidad decisiva para el desarrollo y maduración del ideario artiguista.** Con Artigas, fue víctima de la “leyenda negra”. Pero si el Prócer fue posteriormente reivindicado, en cambio Monterroso quedó sepultado en el más absoluto olvido. Basta comprobarlo, ya no en los libros de historia, sino en el nomenclátor montevideano: lleva su nombre un callejón en el barrio Peñarol, mientras importantes avenidas y calles de la ciudad lucen el nombre de los acérrimos enemigos de Artigas o figuras que lo traicionaron.

### **El bicentenario: celebración y compromiso**

El Bicentenario es ocasión para celebrar, pero también para revisar nuestra historia y reflexionar, y para renovar nuestro compromiso con los valores que animaron el movimiento artiguista, evitando repeticiones mecánicas e idealizaciones fuera de la realidad. Creemos que en el caso de los cristianos, **la actuación de tantos sacerdotes y laicos que bregaron por una sociedad justa y fraterna, es un legado histórico que nos interpela, para comprometernos hoy:** no simplemente imitando, pero sí siendo fieles a esa herencia; no en actitud de cruzados, sino de servicio; impulsados por los mismos valores que animaron a los protagonistas de los acontecimientos que en este año estamos celebrando.

*Nota: Compartimos este artículo con el Boletín Salesiano correspondiente al mes de abril de 2011.*



**BICENTENARIO, CATÓLICOS, IGLESIA, AYER, HOY, MAÑANA...**

Pablo Dabezies

Al final de su segunda asamblea anual de 2010, la Conferencia Episcopal Uruguaya (CEU) dirigió “a todos los fieles católicos y a todo el pueblo oriental” un “Mensaje con motivo del Bicentenario del ‘Proceso de Emancipación Oriental’”. Como tal vez no se haya dado a conocer suficientemente, reproduzco a continuación su texto:

*¡Gracia y paz con ustedes!*

- 1. En 2011 celebramos en el Uruguay el Bicentenario del Proceso de Emancipación Oriental. Recordamos los principales hechos de 1811: Grito de Asencio, Batalla de Las Piedras, Éxodo del Pueblo Oriental. De esta forma **asumimos juntos la memoria de nuestro pasado, a fin de hacer crecer la unión y el afecto social de nuestro pueblo en el presente, y responsabilizarnos de nuestra marcha hacia el futuro.***
- 2. Hace doscientos años, la Banda Oriental era una provincia del imperio español, de contornos no del todo definidos. Entonces comenzó nuestro pueblo a configurar su identidad, expresando su autonomía y reconociendo como líder a uno de los suyos: **José Artigas.***
- 3. Así se iniciaba el difícil camino que llevaría finalmente a la conformación de una nación independiente, **hermana entre las Repúblicas de América Latina**, patria de quienes nos reconocemos en el añejo nombre de “orientales” y en el más moderno de “uruguayos”.*
- 4. Como creyentes **reconocemos la Providencia de Dios, Señor de la Historia**, en los avatares de los acontecimientos vividos. Son éstos ocasión de **dar gracias a Dios e invocar su ayuda, de reconocer errores, pedir perdón y buscar nuevos caminos.***
- 5. Los **hombres y mujeres** que participaron en el proceso de emancipación eran **en su inmensa mayoría católicos**. La **visión que tenían acerca del hombre y su existencia, de los pueblos y sus derechos, de la vida y de la muerte, estaba profundamente iluminada por la fe católica y su cultura**, con diversos enfoques y diferentes aportes ideológicos. **La Iglesia, tanto en sus fieles laicos como en sus sacerdotes, formó parte activa del proceso de forja de nuestro pueblo desde el principio de su constitución en el período colonial, durante la gesta emancipadora y a lo largo de los dos siglos siguientes.***
- 6. Hoy como ayer, la Iglesia con todos sus miembros, **participa activamente en la construcción de la Patria.***
- 7. Creemos que la mirada al pasado es ocasión para **reafirmar nuestra identidad nacional, considerar el patrimonio que nuestro pueblo ha construido** en estos doscientos años, **rescatar nuestros más auténticos valores fundacionales y discernir, junto con todos nuestros conciudadanos, cómo seguir construyendo** nuestra historia en la verdad, la justicia, la libertad y el amor.*
- 8. Nos animan las palabras de Juan Pablo II en la multitudinaria Misa celebrada en Tres Cruces, el 1 de abril de 1987: **“Vuestra patria nació católica. Sus próceres se valieron del consejo de preclaros sacerdotes que alentaron los primeros pasos de la nación uruguaya con la enseñanza de Cristo y de su Iglesia, y la encomendaron a la protección de la Virgen de los Treinta y Tres. El Uruguay de hoy encontrará los caminos de la verdadera reconciliación y del desarrollo integral que tanto ansía, si no aparta los ojos de Cristo, Príncipe de la Paz y Rey del universo”.***

9. Desde Florida, unidos a los peregrinos, invocamos para todo nuestro pueblo la protección de nuestra "Capitana y Guía", Santa María, la Virgen de los Treinta y Tres.

14 de noviembre de 2010

Los Obispos del Uruguay

### Una mirada justa, aunque...

Concretamente estimo que, en general, está bien planteado el aporte de los cristianos, de los católicos específicamente, en este proceso de doscientos años. Como la misma CEU ha anunciado para mediados de año un documento de más envergadura sobre el mismo tema, tenemos aquí ya una buena plataforma para una palabra que pueda enriquecer la reflexión del país en este momento de su caminar. Quedamos pues a la espera del texto prometido. Y en una de esas podemos aportar algo con esta nota.

Con la "negrita" he buscado señalar en el texto los aspectos que me parecen más valiosos y que en su conjunto, creo, conforman una mirada justa sobre lo que se quiere celebrar. La excepción es en el último numeral, ya que en él se encuentran expresiones que, en la medida en que no sean interpretadas correctamente, pueden oscurecer el corazón del mensaje y por eso mismo hacerlo menos elocuente, sobre todo para quienes no comparten nuestra fe.

Pero antes de entrar a analizarlas, no puedo dejar de señalar que esas palabras que me resultan ambiguas pertenecen al flamante beato Juan Pablo II en su primera visita al Uruguay. Uno se pregunta si para que un documento episcopal tenga autoridad es necesario que contenga a toda costa citas papales, aunque ellas no aporten demasiado a lo que dicen quienes conocen mejor el paño, en el caso los obispos uruguayos. Sin olvidar que, según el dicho consagrado, "de Roma viene lo que a Roma va". Por donde uno podría conjeturar que expresiones como "vuestra patria nació católica" le fueron sugeridas al Papa por el episcopado uruguayo de la época o por algún consejero consultado *ad hoc*, o bien, partiendo de la información global que recibió, son de su cosecha propia. Es lícito también tratar de saber si la cita revela identidad de pensamiento o no de parte de quienes ahora escriben el mensaje, ya que en el resto del texto dicen cosas al menos no idénticas con esa expresión. Podría tratarse también y solamente de cuestiones de redacción.

A esta altura alguien estará pensando que hilo demasiado fino. Espero que en las líneas que siguen pueda hacer ver que en esas diferentes formas de hablar están en juego algunas cuestiones de bastante relevancia cuando celebramos nuestro pasado para proyectar nuestra mirada hacia adelante. Lo haré analizando también otras palabras del episcopado uruguayo pronunciadas en momentos similares. Porque considero importante aclararnos sobre este tipo de planteos ya que condicionan fuertemente las maneras de concebir y realizar la misión de la Iglesia en nuestra tierra, justamente cuando tanto hablamos de ella.

### ¿Nació católico el Uruguay?

Una cosa es afirmar, como en el numeral 5, que "los hombres y mujeres que participaron en el proceso de emancipación eran en su inmensa mayoría católicos", y que "la Iglesia, tanto en sus fieles laicos como en sus sacerdotes, formó parte activa del proceso de forja de nuestro pueblo desde el principio de su constitución en el período colonial, durante la gesta emancipadora y a lo largo de los dos siglos siguientes". Otra, bastante distinta, que "vuestra patria nació católica". Cosa que por otra parte no es históricamente verdadera, según la inmensa mayoría de los estudiosos, salvo que lo que se quiera decir es que la Iglesia y el Estado estaban unidos y el catolicismo era reconocido como religión oficial. Pero de hecho, siendo cierto lo que dice ese numeral 5 (que el 6 complementa), hay también bastante unanimidad para señalar la debilidad de la presencia e influencia católica efectiva en un espacio y

población evangelizados tardíamente. Presencia e inicial organización eclesial por otra parte muy desarticuladas por las luchas emancipatorias, ellas mismas habitadas también por corrientes de pensamiento que no iban precisamente en el sentido de lo pretendido por la Iglesia. En este contexto emerge con una luz muy particular la figura de Artigas, centralidad bien marcada por el documento (n. 2; es de rigor referir y recomendar el estudio desafiante y pionero de Mario Cayota en *Artigas y su derrota: ¿frustración o desafío?*, Taurus, 2007). Artigas, sin embargo y para poner un solo ejemplo de que las cosas fueron un poco más complejas, preconiza una libertad religiosa de máxima amplitud, doctrina por entonces severamente condenada por la Iglesia romana. Ni qué hablar de las influencias predominantes en la primera constitución, y el comienzo muy rápido (en torno a 1860 para la mayoría de los autores) del llamado proceso de secularización.

Si hablamos pues, como lo hacen los obispos en su mensaje, de la presencia e influencia de los católicos (laicos y curas), de los valores y la cosmovisión cristiana en el proceso que finalmente dio nacimiento al Uruguay, estamos constatando algo cierto, inspirador para nuestro presente y futuro, aunque todavía deba ser mucho más estudiado. Si en cambio utilizamos esa expresión “Uruguay que nació católico”, nos referimos a algo por lo menos muy discutible, que dice mucho y al mismo tiempo no se sabe bien qué quiere afirmar. Algo que además puede llevarnos a sacar conclusiones, que en lugar de ayudarnos a pensar el aporte de los católicos, y más ampliamente de lo cristiano, en lo que hoy nos toca vivir y construir para adelante, más bien nos paralice o nos lleve por caminos inadecuados. Trato de explicarme.

#### **Entre la inspiración...**

En el pasado bastante cercano, en plena dictadura, la CEU se ocupó al menos dos veces de esta cuestión: cuando se celebraron los sesquicentenarios de 1825 (1975, el tristemente famoso “Año de la Orientalidad”, que los obispos prefirieron llamar “Año de la Evangelización”) y de 1830 (coyuntura felizmente marcada por el plebiscito de noviembre de 1980).

En la primera ocasión, en un texto que fue requisado por el Ministerio del Interior del régimen *de facto* (Carta pastoral, “Misión de la Iglesia”, 12/10/1975; allí se pedía la amnistía para los presos...), los obispos no entran casi en el tema que nos ocupa, sino sólo al inicio cuando dicen con sencillez y firmeza que “*la orientalidad no se gestó ni se alumbró sin el Evangelio de Cristo*” (n. 7).

Más atención dedica el documento del Consejo Permanente de la CEU de junio de 1980 (“En el Sesquicentenario de la primera Constitución nacional”): “*La Iglesia viene ‘caminando con Cristo en la historia de nuestro Pueblo’ desde los orígenes mismos de nuestra historia [...] y no ha habido etapa en que no contribuyéramos, de muy diversos modos, en el esfuerzo constructivo de todos*” (n. 1).

En estos textos, los obispos de los años duros de hecho reanudaron lo que era la manera de plantear la presencia de lo cristiano y lo católico en el proceso fundacional uruguayo por parte de los preladados de Montevideo, como mons. Aragone y Barbieri, quienes todos los años, para el 25 de agosto o el 18 de julio escribían algún documento. Dos breves ejemplos: “*En tan fausto aniversario, los católicos uruguayos debemos proclamar nuestros sentimientos de admiración hacia aquellos nobles próceres que, animados de la fe cristiana y del amor a la Patria [...]*” (Francisco Aragone, “Aniversario de la Independencia”, 15/7/1938). Y Barbieri para el 25/8: “*En esta patria conmemoración hay dos realidades históricas que nadie puede negar: el sentido patriótico de los Próceres que fue el de conquistar para la Patria y para cada uno de sus habitantes, el tesoro más preciado de los pueblos, la libertad; y la presencia real y activa de nuestra fe católica, representada por Larrobla en la Declaratoria de la Independencia, y simbolizada por la imagen de María, que recibió el ferviente anhelo de nuestros devotos Patricios*” (“Aniversario de la Declaratoria de la Independencia”, 15/8/1941).

En todos estos casos citados, con diferente lenguaje, se dice lo que en noviembre pasado la CEU expresa en el n. 5 de su Mensaje, que repito me parecen afirmaciones justas y más o menos inspiradoras.

### ¿...y una cierta nostalgia?

Pero hay otro texto situado también en dictadura, que quisiera mencionar: el “Plan Pastoral Nacional Quinquenal” de la CEU (diciembre de 1979). Texto que en su conjunto, y aun manteniendo expresiones similares a las recogidas hasta ahora, deja sin embargo la impresión de ir más lejos, en la línea de la frase de Juan Pablo II citada al final del Mensaje.

En ese y algún otro documento de esos años se desarrolla una fuerte preocupación por la identidad católica y la necesidad de protegerla, reafirmarla y robustecerla, así como la idea de que la crisis que vive el país se debe a un alejamiento de Dios por obra del laicismo, luego de una primera época en que eso no era así. Tiempos que no se analizan pero que son como el telón de fondo idealizado de las críticas de ese presente degradado, con una especie de nostalgia de un pasado católico. En rigor, esto no está dicho nunca así, pero una serie de expresiones y planteos dejan una molesta impresión de hallarse ante concepciones de esa índole.

No hay que olvidar que por ese tiempo comienza a ejercer su influencia el pensamiento de Juan Pablo II, con su experiencia polaca a cuestas. Viví personalmente su primera visita a Francia, en 1980, y el impacto de su interpelación a esa Iglesia resumida en la pregunta: “Francia, ¿qué has hecho de tu bautismo?”. En la visión del Papa es la nación la bautizada, más y en cierto modo antes que los franceses.

El P. Paul Valadier, jesuita especialista en filosofía moral y política, analizaba el mensaje del papa Wojtyla haciendo notar que se inclinaba a *“privilegiar el nacimiento y atribuir más bien un valor negativo al devenir [... A transmitir la imagen de] una fidelidad a algo dado una vez por todas, más que implicar un desarrollo, una maduración [... A sugerir por ende que] la causa de los males actuales hay que buscarla en una ruptura con relación al origen (el origen cristiano de la nación o el origen cristiano del hombre [...]) En términos más teológicos, se podría aún decir que se trata de una visión de la historia donde la escatología está menos tematizada que el origen o la creación [...]) El sentido es algo ya dado en el origen, en Dios, más que algo a crear laboriosamente en los senderos de la historia, y en la espera impaciente de Aquel que viene y de su Reino”* (En “Etudes”, nov./1980).

### Con los pies bien apoyados en el presente

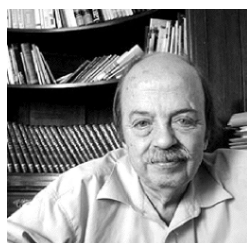
Si he desarrollado esta cuestión, sin poder detenerme demasiado en el análisis, no es porque crea que efectivamente la CEU esté en esta longitud de onda. He tratado solamente de advertir acerca de un riesgo en la manera de asumir desde el hoy de nuestra Iglesia el pasado fundacional, movido por esa afirmación (el Uruguay “nació católico”) que no considero ni adecuada ni inspiradora para las tareas que hoy nos desafían. El riesgo que existe, por ejemplo, en la manera de plantear el aporte de la fe y la Iglesia a la construcción común asegurando que *“El Uruguay de hoy encontrará los caminos de la verdadera reconciliación y del desarrollo integral que tanto ansía, si no aparta los ojos de Cristo, Príncipe de la Paz y Rey del universo”* (otra vez Juan Pablo II en el mismo numeral). Cosa evidente para cristianos, aunque será necesario ponernos de acuerdo en sus significados concretos, pero sin contenido real y preciso, en actitudes y tareas históricas, para quien no lo es. Con el agregado que ,formulado así, puede ser ignorado con un expeditivo “son cosas de curas”.

Creo también que uno de los grandes retos que nos puede plantear la ocasión del Bicentenario es de buscar los medios adecuados para alimentar en nuestras comunidades cristianas la conciencia histórica de la que adolece bastante nuestra Iglesia. Y también el de volver a una práctica saludable, que parecía pacíficamente adquirida y que sin embargo se ha debilitado enormemente como es la de analizar y confrontarnos siempre con la realidad en la que la Iglesia vive y está llamada a anunciar el

Evangelio. De otro modo, por más invocaciones que hagamos del cristianismo de nuestros próceres, perderemos capacidad de decir y hacer algo pertinente en nuestro presente. Algo de esto puede estar en la base de la ausencia de un aporte católico, que anotábamos en nuestro editorial, en el gran y enrarecido debate sobre los caminos que nos pueden llevar a una verdadera reconciliación.

## TRES POR TRES: MIRADAS SOBRE EL BICENTENARIO

En las entrevistas que siguen, tres estudiosos de la historia nos comparten su parecer sobre la celebración del bicentenario del proceso de emancipación oriental, la participación de la Iglesia y los cristianos en dicho proceso, y los desafíos que nos plantea hacer memoria de estos sucesos. Las respuestas son de Tomás de Mattos, Ramiro Podetti y José Rilla.



### **TOMÁS DE MATTOS**

Abogado y escritor.

Autor de “Bernabé, Bernabé” y “La puerta de la misericordia”.

Director de la Biblioteca Nacional en el período 2005-2010.

### ***¿Qué sentido tiene para usted la conmemoración del Bicentenario?***

Me place que el programa uruguayo sea una conmemoración secuencial y que, como surge del logo y del punto de partida escogido, use como columna vertebral al legado artiguista. No quisiera, sin embargo, que nos olvidáramos de ninguno de nuestros mentores en cualquiera de los ámbitos de la vida social. Lamento que se esté encarando en demasía como un Bicentenario uruguayo y no hispanoamericano, ya que las colonias españolas en trance de liberación no solo incidieron en nuestro destino, sino que lo compartieron y lo comparten, dado que el centro de lo rememorado es la emergencia en la historia del mundo de naciones hispanoamericanas, que hoy mencionamos en plural para no disfrazar la trunca realidad que suscitó un proceso de fragmentación, aun operante, de lo que debió ser, por comunidad de raíces, una única nación federal. A mi juicio, el sentido de la conmemoración es lograr una recapitulación de ese proceso por el que se fueron formando nuestras identidades, con mayor o menor laxitud, buscando los rumbos certeros, para continuarlos, y los equivocados o parcialmente desviados, para corregirlos.

### ***¿Cómo ve el papel que los cristianos y la Iglesia jugaron en ese proceso?***

Creo que es muy importante que los católicos, como todos los cristianos, asumamos colectivamente la respuesta a esa pregunta, incluyendo la interrogante de cómo ven y juzgan los compatriotas no cristianos nuestro aporte al desenvolvimiento de la historia del país. En lo personal, valoro lo que se ha aportado en el contenido de nuestros valores éticos; lamento, sin embargo, que en varias circunstancias históricas, y llevada por consideraciones de poder temporal que le eran ajenas, la Iglesia haya sido, como institución, un fuerte foco de oposición a emprendimientos elogiados y, en definitiva, más allá de sus luces y sombras, justos y necesarios.

### ***¿Qué plantea a nuestro presente y futuro esta celebración?***

Una conmemoración complaciente, sin ese inventario de rumbos a continuar y de rumbos a corregir, me parecería estéril. De los tres tiempos, aunque todos ellos sean necesarios a nuestra conciencia, el más importante es el futuro. Sólo en él nos aguarda la vida plena.

**RAMIRO PODETTI**

Docente e investigador a tiempo completo de la Universidad de Montevideo.

Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos “Alberto Methol Ferré” de la misma Universidad.

### ***¿Qué sentido tiene hablar del bicentenario?***

Primero habría que preguntarse de qué bicentenario estamos hablando. Creo que Uruguay ha innovado en esto, porque lo acostumbrado y esperable es celebrar el bicentenario a los cien años del centenario ¿no? Es de imaginar la perplejidad que se hubiera suscitado en el mundo si EEUU hubiera celebrado su bicentenario no en 1976 sino en 1957, o Francia hubiera decidido desechar el 1789 y celebrar su bicentenario en 1970. Me parece que además habría que cambiar el nombre del estadio y algunas otras cosas, habida cuenta que la celebración del centenario en 1930 fue, por lo visto, un error. Mi primera apreciación, entonces, es que celebrar el bicentenario en Uruguay este año fue una idea desafortunada.

Lo segundo, y referido en general a los países hispanoamericanos, cuya independencia fue un proceso no solo simultáneo sino, en el caso sudamericano, realizado en conjunto, es que uno de los sentidos que debió haber tenido la celebración es la revisión de los relatos sobre tal proceso. Creo, como Alberto Methol Ferré y muchos otros pensadores, que la fragmentación hispanoamericana fue un error estratégico que se pagó muy caro. Mientras los angloamericanos hicieron, de trece colonias, un solo estado de dimensiones continentales, los hispanoamericanos hicimos de cuatro virreinos diecinueve estados. Esa fragmentación fue un resultado casi natural de haber aceptado integrarnos a la economía mundial como meros proveedores de materias primas, con lo cual nos condenamos a quedar afuera de lo sustancial de la modernidad, que es el casamiento entre la economía y las ciencias.

Ahora bien, lo curioso es que la generación de la independencia no quiso eso, más bien se propuso lo contrario de lo que finalmente hicimos. ¿Cómo es posible que sigamos celebrando, en toda Hispanoamérica, los bicentenarios, sin responder el enorme interrogante que eso significa?

### ***¿Cómo valora la presencia de la Iglesia y de los cristianos en ese proceso fundacional?***

En primer lugar, creo que la Iglesia debe cumplir su función pastoral en cualquier circunstancia, y sus sacerdotes y obispos ejercer su ministerio sobre todo el pueblo fiel, con prescindencia de situaciones históricas. Ahora bien, es un hecho que la independencia hispanoamericana puso en una situación compleja a la Iglesia porque, por el regio patronato, había una fuerte mediación de la Corona española en su administración, que naturalmente se interrumpió. Por otro lado, una parte de los obispos fueron legitimistas, mientras la mayoría del clero se alineó con los nuevos gobiernos criollos. Finalmente, si hablamos de lo que en nuestro lenguaje actual llamamos “laicos” y “laicas”, en general, por supuesto que una vez entablada la guerra de la independencia, lo único que puede decirse es que ambos bandos estaban constituidos por personas de fe cristiana. Eso incluyendo hasta a los oficiales extranjeros, sobre todo británicos, que se incorporaron a las armadas y ejércitos criollos, aunque con la salvedad que en general ellos pertenecían a las iglesias hermanas de la reforma.

### ***¿Qué desafíos plantea para el presente y futuro del Uruguay hacer memoria de esta historia?***

Muy parecidos a los de las restantes repúblicas hispanoamericanas: procurar entender el por qué la independencia supuso una cierta modernización política, pero no nos condujo propiamente a la modernidad. Porque una modernidad sin ciencia y tecnología es una modernidad de “baja intensidad”. Y

en el siglo XIX y hasta la segunda guerra mundial, la producción de materias primas no demandaba ciencia y tecnología sino en muy baja escala. Las que motivaron y financiaron los grandes desarrollos técnicos, desde la máquina de vapor y la hiladora y tejedora mecánicas, fueron las manufacturas. De modo que aceptar el rol de productores de materias primas y consumidores de productos industriales nos condenó a esa modernidad de “baja intensidad” que ha caracterizado a los países hispanoamericanos. Pero eso empezó a decidirse en la década de 1820, apenas concluida la guerra de la independencia. Un buen símbolo de lo que quiero decir son los tratados de comercio firmados por la república mexicana con el Reino Unido en 1825 y 1826: el primero, inspirado por el gran estadista mexicano Lucas Alamán, imponía al comercio británico reservas en favor de los países hispanoamericanos en función de constituir una unión aduanera y favorecer la existencia de una marina mercante propia; al no ser ratificado por el Reino Unido, se firmó al año siguiente otro que excluía esas reservas. Del mismo modo que los tratados similares firmados el mismo año con Colombia y las Provincias Unidas del Río de la Plata, el Reino Unido en su tratado con México de 1826 estableció lo que podría llamarse, en términos actuales, una “asociación estratégica” entre un país industrial y un país productor de materias primas. Ahora bien, el problema no es solo que la agregación de valor que produce el trabajo es mucho menor en el segundo caso; lo más grave es que hace virtualmente imposible el crecimiento científico-técnico, al no existir demanda para ello. Recomiendo vivamente la lectura del libro de Fernando González Guyer, “Uruguay, el país de los fisiócratas. Auge y decadencia del Uruguay feliz”, porque ayuda a comprender ese modelo de economía “materiaprimitista”, que González Guyer pone en la mira. ¡Pero ese modelo comenzó a gestarse inmediatamente después de consumada la independencia! Y con distintos matices, según el predominio fuera pastoril, agrícola o minero, fue el modelo de las economías hispanoamericanas hasta mediados del siglo XX. Pero entonces, ¿no es necesario que repasemos qué pasó, en realidad, en las independencias?

**JOSÉ RILLA**

Doctor en historia.

Investigador y profesor de la Universidad de la República.

### ***¿Qué sentido tiene hablar del bicentenario?***

Tiene el sentido que le queramos asignar. En una interpretación sin duda discutible, la historia no tiene más sentido que aquel que le demos. Lo hacemos siempre desde un presente y eso la vuelve contemporánea. En cuanto al Bicentenario, Uruguay se retrasó respecto a la Argentina, a Chile y a México, se puso en sintonía con Paraguay, pero se adelantó notablemente respecto a sí mismo. Si hubiera seguido la línea tradicional, los festejos del Bicentenario debían abrirse en 2025 y cerrarse en 2030, como ocurrió desde 1925. Pues bien, ahora estamos en el Bicentenario; tiene sentido si aprovechamos la ocasión para la introspección y para la imaginación del futuro. Es un buen momento para pensar en las naciones de la globalización; ¿podemos ser una de ellas, hicimos los méritos, podemos aportar una pizca de novedad? Rodó decía que si no podemos agregar novedad al mundo, 1810 no tiene sentido.

### ***¿Cómo valora la presencia de la Iglesia y de los cristianos en ese proceso fundacional?***

Como es típico en los países nuevos y en América Latina, la historiografía de la nación uruguaya es también aquí una elaboración bastante posterior a la creación del Estado uruguayo. La iglesia y los



cristianos, si puede hablarse así 200 años después, tuvieron una participación de primera línea; la base guaraní-católica de nuestra población rural, la importante representación de los clérigos entre los letrados que la emancipación ocupó y devoró, la tradición católica del patriciado de la cual los Artigas eran parte, son todas muestras de una presencia activa. No hubo aquí adscripción corporativa del clero, ni mandatos para jurar una Constitución Civil, como en la Francia del 89; tampoco dependencia ni legitimidades cruzadas; ello le vino bien tanto a la Iglesia como a la política.

Ahora bien, todo esto fue secularizado, sirvió de base a la religión cívica de la nación. Para construir un cemento secularizado de la nación se logró un experimento curioso y efectivo: por un lado, la religión y la religiosidad fueron empujadas a los ámbitos privados e íntimos, desalojadas de un espacio público que fue siendo ocupado por nuevos actores y símbolos. A veces los mismos: la educación franciscana de Artigas, de las pocas disponibles entonces pasó a ser algo marginal o irrelevante, cosas de niño díscolo (Mario Cayota hizo la contrahistoria de esto); los curas perdieron su profesión, o más radicalmente su espiritualidad; el padre Larrañaga pasó a ser Larrañaga, un científico fundador de la Biblioteca Nacional, la escuela del templo reducida a un testimonio raquítrico de la vida social... Este fenómeno de secularización es muy importante y no solo abarcó a la Iglesia, hasta José P. Varela fue limado en sus perfiles más filosos para entrar en el panteón: para ser el "pastor de la escuela" debió olvidarse su pasión política radical, primero partidista y luego enemiga de los partidos, su racismo a flor de piel, su prodigalidad con las mujeres.

***¿Qué desafíos plantea para el presente y futuro del Uruguay hacer memoria de esta historia?***

No creo que haya que hacer memoria de esta historia para restituir nostálgicamente un lugar de la Iglesia y de los cristianos, un lugar que por otra parte, desde una perspectiva historiográfica no sabemos bien cual fue. Alcanza y sobra con pensar la historia con un enfoque más amplio y con más diversidad, alejarse de cualquier perspectiva teleológica y devolverle contingencia a los procesos. La concepción postsecular no es la de una Iglesia ocupada en las "cosas del César", sino reconocida como contribuyente legítima al orden social y político, desde "las cosas de Dios". En Uruguay eso parece difícil, si no imposible; la agenda postsecular tropieza con un antiguo obstáculo, hay un patovica que nos dice "si usted quiere decir algo sobre el común y sobre el bien común, deje en la puerta sus convicciones, su fe y su esperanza". Creo que así perdemos todos.

## A LOS CINCUENTA AÑOS DE LA MATER ET MAGISTRA (15/5/1961-15/5/2011)

Recopilación y armado Pablo Dabezies

Pocos días antes de la publicación de esta edición de la «Carta Obsur», se conmemoraron las bodas de oro de un documento fundamental en la historia reciente del catolicismo, como fue la *Mater et Magistra* de Juan XXIII (en realidad, se conoció el 15/7, pero el Papa la dató en mayo para celebrar los 70 años de la *Rerum Novarum*). Hacemos un breve y sencillo recuerdo de la misma, de algunos de sus principales aportes, y de su influencia inmediata en nuestra Iglesia uruguaya.

### Para situar la encíclica

“*Mater et Magistra* puede considerarse un documento de transición. Inaugura una etapa nueva en la Doctrina Social de la Iglesia, que se verá consolidada en el concilio Vaticano II: detecta problemas nuevos (sobre todo los relacionados con un mundo donde las desigualdades son cada vez más llamativas) y enfoca problemas de siempre con una mentalidad diferente. Pero al mismo tiempo recurre, no pocas veces, a soluciones ya conocidas que dejan al lector como insatisfecho. Por eso la calificamos como de transición. Pero esto no le resta valor. Al contrario, permite descubrir la vitalidad de un proceso que se encuentra con datos y problemas nuevos cuando ya el trauma de la guerra parece definitivamente vencido. El mundo atraviesa ahora por una etapa de optimismo, que comparten, aunque por motivos diferentes, tanto las naciones desarrolladas como aquellas para las que el desarrollo no es todavía más que una lejana aspiración. Este sentimiento generalizado debe ser muy tenido en cuenta como trasfondo de la encíclica social de Juan XXIII.

Cuatro elementos pueden delimitar el panorama de los años transcurridos desde el final de la guerra hasta la publicación de la *Mater et Magistra: democracia, desarrollo, Estado de Bienestar, descolonización* (del libro de Ildefonso Camacho, *Doctrina Social de la Iglesia. Una aproximación histórica*, Ed. Paulinas, Madrid, 1991, p.217s).

### Algunos datos sobre su elaboración

No existen demasiados datos ciertos al respecto, pero los que existen muestran que el Papa Juan primero pidió un borrador a los antiguos asesores de Pío XII, alemanes sobre todo. El resultado no le gustó por demasiado erudito, por lo que recurrió a algunos expertos franceses e italianos, tal vez tres jesuitas de la Gregoriana de Roma y otros dos de la “Action Populaire” en París. La redacción definitiva se piensa que estuvo en manos de P. Pavan, Ferrari Toniolo y P. Parente. Estos datos confirman la nueva sensibilidad de Juan XXIII, que contrasta con la de sus predecesores, por lo que también busca colaboradores diferentes.

Es seguro también que la encíclica se pensó y escribió en italiano, y el texto latino oficial, traducción bastante libre del original, buscó no utilizar términos que no se encontraran en los clásicos latinos (cf. Camacho, ob. cit., p. 223s).

### Importancia a los problemas del mundo agrario

Muchos comentaristas de la encíclica hacen notar la importancia que esta concede al análisis de la problemática del mundo agrario, en el que sitúa a los sectores económicos más deprimidos del mundo desarrollado, y en el que se manifiesta especialmente el atraso de los países subdesarrollados. De hecho, se trata de una de las realidades a las que la carta dedica más espacio, tanto en la descripción de los problemas cuanto en las propuestas de solución (nn. 123-149).

### La consagración del método del ver, juzgar, actuar

El otro aspecto que nos interesa resaltar en esta breve reseña, es el de una especie de “consagración” del método del “ver, juzgar y actuar”, que nacido en la JOC y extendido en amplias zonas de la vida eclesial por el conjunto de los movimientos especializados de la Acción Católica, asumido teológicamente por grandes teólogos como Congar y Chenu, tendrá una importancia capital en el cambio de encare y metodología que se producirá en la enseñanza social de la Iglesia a partir del Vaticano II, sobre todo en la *Gaudium et Spes*. Por no hablar del papel decisivo que jugará en la Iglesia latinoamericana del postconcilio, tanto en las Conferencias Generales del Episcopado (recordar sobre todo Medellín, Puebla y recientemente Aparecida), cuanto en la teología, muy en especial en la corriente conocida como “Teología de la liberación”.

Es cierto sin embargo, que en la encíclica, el uso de esta metodología es sólo parcial y muy inicial, aunque ya muestra esa nueva sensibilidad tan propia de Juan XXIII de prestar mucha atención a la realidad y no solamente a los grandes principios.

Este es el pasaje que por primera vez en el magisterio pontificio recomienda la utilización del citado método:

n. 236. *“Ahora bien, los principios generales de una doctrina social se llevan a la práctica comúnmente mediante tres fases: primera, **examen completo del verdadero estado de la situación**; segunda, **valoración exacta de esta situación a la luz de los principios**, y tercera, **determinación de lo posible o de lo obligatorio para aplicar los principios de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar.***

*Son tres fases de un mismo proceso que suelen expresarse con estos tres verbos: **ver, juzgar y obrar.***

*Es muy oportuno que se invite a los jóvenes frecuentemente a reflexionar sobre estas tres fases, y a llevarlas a la práctica en cuanto sea posible. Así, los conocimientos aprendidos y asimilados no quedan en ellos como ideas abstractas, sino que los capacitan prácticamente para llevar a la realidad concreta los principios y directivas sociales”* (el subrayado es nuestro).

Muchos jóvenes de hecho siguieron este consejo, y se convirtieron en apóstoles de esa nueva sensibilidad y manera de entender y vivir la misión de la Iglesia, trabajando para que, como dice un conocido teólogo italiano, Luigi Sartori, la Iglesia siga siendo *mater et magistra* con la condición y por el camino de hacerse “hija” y “discípula”.

### Frutos en nuestra tierra

En este año celebramos también el cincuentenario de la justamente famosa Carta pastoral de Adviento “Problemas del Agro”, de mons. Carlos Parteli (22/11/61), por entonces primer obispo de Tacuarembó. Aunque el flamante obispo de la nueva diócesis no cita ni hace referencia alguna de la encíclica en su carta, ni alude a ella en sus recuerdos escritos sobre esos años, es difícil pensar que el impulso creado por el documento papal no haya tenido ninguna influencia en su iniciativa, por más que lo determinante fue lo que Parteli veía con sus propios ojos en giras pastorales. Para completar esta escueta información, recordamos que al año siguiente, don Carlos fue invitado a participar en un encuentro internacional sobre la vida rural, que se celebró en Roma, en los días de octubre previos al inicio del Vaticano II, en cuya ocasión tuvo una audiencia privada con el papa Roncalli que también relata en sus recuerdos (para todo esto, ver *Parteli por Parteli*, Obsur, Montevideo, 2010, pp. 64-67). Y que en la última sesión, intervino en el aula sobre la misma problemática, intervención de la que quedaron huellas en los nn. 66 y 71 de la *Gaudium et Spes*.

Pero no fue solamente él quien escribió en ese año 1961 sobre la situación y problemas del agro. Un mes más tarde, el 20/12/61, el también flamante obispo de Mercedes, mons. Enrique Cabrera, entregó su carta “Clausura de la primera Visita pastoral”, en la que sí cita a la encíclica papal, así como el documento de su hermano obispo de Tacuarembó. Se trata de un texto más breve pero con mu-

cha punta y expresiones no menos punzantes que las de Parteli a la hora de describir la situación de la gente pobre del campo, aunque haya quedado medio tapado por el que lo antecedió en un mes. Publicado en su momento en el *Boletín Eclesiástico*, ha sido mérito del Pbro. Ignacio Muñoz el haberlo rescatado en nuestros días, en el libro sobre el cincuentenario de la diócesis de Mercedes, *Cultivando un campo muy fértil*, Obsur, Montevideo, 2010, pp. 344-349.

Pero de estos dos documentos muy importantes de la historia reciente de nuestra Iglesia, así como de las circunstancias en que aparecieron y las repercusiones que tuvieron, nos ocuparemos con detenimiento en "Cuadernos Vianney" del segundo semestre, más cerca de las fechas del cincuenta aniversario de ambos. Por el momento, deseábamos hacer memoria y celebrar la docencia del ahora beato Juan XXIII, cuando los espíritus se preparaban a celebrar algo que iba a cambiar el rostro de la Iglesia en el siglo XX, el concilio Vaticano II.

Nota: este mismo texto se publica contemporáneamente en "Cuadernos Vianney" n. 29.

## INSEGURIDAD Y CIUDADANÍA\*

Pablo Bonavía

La inseguridad preocupa cada vez más en el barrio. Con ella crece asimismo la influencia del miedo en nuestras actitudes y decisiones. El tema es bien complejo y nadie está en condiciones de dar recetas mágicas. En esta cuestión somos aprendices que vamos descubriendo caminos a partir de errores que cometemos; errores que, como en tantos campos, son un 'material didáctico' fundamental que hemos de reconocer y aprovechar.

La primera reacción ante el riesgo de ser víctimas de un robo o una agresión suele ser la auto-protección. Una actitud elemental y comprensible que busca evitar, por ejemplo, la sustracción o destrucción de cosas que nos ha costado mucho obtener y que brindan un servicio a veces insustituible para la familia. Que busca escapar también a la posibilidad de ser lastimados o de vivir una situación que puede dejar secuelas muy negativas en nosotros y nuestras familias.

Pero siendo una actitud que, dentro de ciertos límites, reconocemos como necesaria y legítima, nos preguntamos: ¿es suficiente con esta primera reacción? Todos nos damos cuenta de que no lo es. ¿Por qué? Porque ella sólo tiene en cuenta el daño individual que podemos sufrir a manos de quienes eventualmente nos sometan a algún tipo de violencia. Porque tarde o temprano sentimos que hemos de preocuparnos también por el daño real o eventual infligido a otros vecinos o, más en general, a las personas que transitan a través del barrio por motivos de familia, de trabajo, de salud. Y por eso a veces ensayamos alguna medida colectiva de prevención que vaya más allá del simple y engañoso 'sálvese quien pueda' en el que podemos caer.

Pero también esto se revela como insuficiente. Nos damos cuenta que puede ayudarnos a eludir transitoriamente ciertos episodios de agresión, lo que no es poco, pero en última instancia deja intacto el problema de fondo. Nos restringe a una actitud puramente defensiva de los intereses de tal o cual grupo. Por otra parte sabemos que este enfoque suele trasladar el problema a otras zonas de la ciudad y, sobre todo, no encara las causas que llevan al eventual agresor a ser tal. No se plantea la cuestión de la raíz de la violencia. Tampoco se interesa por el daño que, en otros planos y en el largo plazo, el agresor se inflige a sí mismo, que en muchos casos es más profundo y duradero que el que provoca en otros. Como si los agresores – en buena parte jóvenes - sólo interesaran en la medida en que afectan nuestros derechos.

Creo que el horizonte más amplio y adecuado para encarar este tema que nos inquieta es el compromiso de '*generar ciudadanía*'. O sea: superar la perspectiva '*corporativista*', que sólo se preocupa de defender los intereses inmediatos del grupo al que pertenezco sin tener en cuenta los derechos, sufrimientos e intereses de los demás, especialmente de los marginados e invisibilizados por la sociedad. Es, sobre todo, sentirse responsable de que a éstos se les brinde alternativas reales, constantes y apropiadas de educación, capacitación, trabajo, deporte, diversión y, en última instancia, alguna posibilidad de elección en cuanto a su proyecto de vida en el futuro.

Esto no es una utopía inalcanzable ni un 'tirar la pelota para adelante'. Al contrario. En nuestro barrio es mucho lo que ya se está haciendo para 'tejer' ciudadanía: desde la puesta en práctica de algunas políticas sociales estatales hasta la creación de espacios y prácticas solidarias de asociaciones civiles o las distintas propuestas de autoayuda. Algo muy valioso que hemos de reconocer y apoyar. Sin embargo es evidente que todo ese esfuerzo, por meritorio que sea, no está siendo suficiente o adecuado a la situación que se vive. Hay que ampliar y mejorar los esfuerzos ya existentes para generar *nuevas y variadas alternativas capaces de abrir caminos, descubrir capacidades y estimular responsabilidades* sobre todo en quienes arrancan su trayectoria por la vida con más obstáculos. Y con la sensación de que la sociedad les ha robado el futuro.

*'Dejar hablar al sufrimiento es condición de toda verdad'*. Así se expresa un conocido filósofo que padeció en los campos de concentración nazis. Podríamos agregar: dejar hablar al sufrimiento de todos es necesario para des-bloquear las capacidades que llevan dentro de sí los que hoy son mirados como 'población sobrante'... en un país con poco más de 3 millones de habitantes.

No se trata de considerar sólo las carencias de los demás: no hay derecho a definir a los otros por lo que les falta y no por sus posibilidades de ser, crecer y aportar. Creemos que hay que partir, más bien, de *lo que nos falta a todos cuando alguien no llega a ser lo que es*. Partimos de las posibilidades que hay inscritas y no desarrolladas en todos/as teniendo como horizonte lo que podemos llegar a ser juntos cuando actuamos solidariamente y desde los derechos de los más golpeados. Sabiéndonos no sólo víctimas sino también responsables, en mayor o menor medida, de la violencia que parece arraigarse cada vez más en nuestra sociedad.

*\* Artículo originalmente publicado en "El Charrúa" (periódico barrial de La Cruz de Carrasco) correspondiente al mes de abril de 2011.*

## ESPIRITUALIDADES DE URUGUAYOS

Mary Larrosa

Unas reflexiones al hilo de lo que nos deja el estupendo artículo de Rosa Ramos publicado en el número anterior de esta revista digital que tanto promete.

Parto de la caracterización que ella hace de espiritualidad: *“Más allá de la religión o de la confesión no religiosa, todas las personas tenemos una espiritualidad inherente a la condición humana y desde la cual decidimos y construimos nuestra vida. Se trata del aliento que nos mueve cada día, nos anima y sostiene tanto al participar de las grandes gestas de la humanidad como al asumir la cotidianidad. Todos tenemos una espiritualidad para vivir”*.<sup>1</sup>

Me puse a contemplar cómo se da esto de la espiritualidad en gente que conozco, uruguayas y uruguayos de a pie con quienes me he encontrado a lo largo de la vida, y que me han llamado la atención porque he reconocido en ellos *ese aliento que los mueve cada día*, y aún más, me he sentido tocada por él.

Muchas aproximaciones a la idiosincrasia uruguaya la describen como secularizada, racionalista, pragmática y poco propicia a efluvios de misticismo o aún de entusiasmos arrebatadores de la índole que sea. Y sin embargo....

Comenzando por nuestra Iglesia, me vienen a la memoria María y Carlos, el típico matrimonio de parroquia, de fe sencilla pero honda, vivida en el día a día, en el trabajo no siempre fácil ni exento de conflictos, en la familia – hijos, nietos y hasta algún bisnieto –, en la comisión barrial construyendo el espacio común, y en la comunidad eclesial donde siempre están, año tras año, párroco tras párroco, en el consejo parroquial, en distintos servicios, poniendo el hombro a los beneficios para recaudar fondos... Han acompañando con fidelidad a través de décadas los cambios de la Iglesia, desde la piedad de sus años mozos alimentada con devociones, procesiones y novenas, hasta el entusiasmo de la renovación conciliar, las comunidades de base y la pastoral de conjunto. Hoy siguen al firme, sonrientes y serenos, tal vez sin la euforia de aquellos años, con pocas palabras y mucha presencia. ¿Cómo llamar a esa espiritualidad de todas las horas, de fidelidad cotidiana y larga duración? ¿Qué fuego sereno la alimenta? La asocio con el color local de nuestros barrios sencillos, y me sabe a esquina, vereda y mate amargo.

También evoco, muy distintos y no menos uruguayos a Mario, Lucía, Javier y tantos otros, de fe ilustrada, porque no les quedó más remedio. Tuvieron que bucear en la teología, en la espiritualidad, la historia de la Iglesia y muchas ramas del saber humano para hacer dialogar su experiencia de Dios con las polémicas ideológicas tan típicas de la intelectualidad uruguaya de hace algunos años. Curiosamente no los asocio tanto con templos o parroquias sino con los cafés, tan montevideanos, donde la charla con amigos podía fácilmente devenir controversia filosófica o amistoso debate. Parecería que esto es cosa de otros tiempos, pero no falta esta fragua en la cultura uruguaya de hoy en día, aunque tal vez su escenario más frecuente no sean tanto los cafés sino la peluquería, el gimnasio o la parada del ómnibus. Parecería haber menos tiempo para sesudas reflexiones, pero la pregunta y la opinión sobre *las cosas del espíritu* entre uruguayos puede sorprendernos en los sitios menos esperados y a las horas muy intespectivas.

Y por acá me encuentro con Jorge, Camila, y Guzmán, de fe militante en las bregas políticas y sindicales, para quienes la fe fue siempre compromiso con la justicia, y acción social en pro de los más desposeídos. Espiritualidad combativa, de entrega generosa que no mide costos, de paso en marcha y

---

<sup>1</sup> Rosa Ramos.- *Espiritualidad: ¿Dónde pondré mi corazón? ¿Qué tesoro he descubierto esta Pascua que vale la alegría?* en: **Carta OBSUR. Revista Digital del Observatorio del Sur**, N° 1, abril 2011.

utopías, impulsados por la subversiva fuerza del Evangelio a crear otro mundo posible. Hoy a los jóvenes que siguen sus pasos se los encuentra más en organizaciones de la sociedad civil y proyectos sociales, caminan con ritmo tal vez más sereno, hablan más suavemente, pero se los distingue por el mismo brillo en los ojos y la misma firme decisión que les lleva a afrontar desafíos, correr riesgos y empeñar la vida en el servicio y la solidaridad. Tanto entonces como ahora este tipo de espiritualidad no es ni mucho menos patrimonio exclusivo de cristianos, sino que anima a muy variado tipo de personas, compañeros de camino que son por barrios y rutas donde anida la pobreza y la exclusión.

Y precisamente de estas zonas emergen Luis con su carrito de caballo, y María sola con cinco hijos, y Ceci madre a los quince años, y Sergio el adolescente sin hogar porque su padre está preso y su madre está internada y él quedó a cargo de tres hermanitos más pequeños... Todos ellos apostando a la vida con pasión y esfuerzo, con garra y determinación, comprometidos como el que más en sacar adelante a los suyos. Sin catequesis ni Iglesia de pertenencia dicen *gracias a Dios* cuando la mano viene buena, y *si Dios quiere* cuando han de jugarse a algo que no controlan, y aunque no lo dijeran son un testimonio vivo de lo que es capaz el espíritu humano impulsado por el Espíritu.

Sigo con mi galería de espiritualidades de uruguayos, y me vienen otros rostros, unos jóvenes y otros no tanto, empeñados en la búsqueda interior, aventurándose por caminos de oración e interioridad hacia el manantial de la paz y el amor universal. Los he encontrado en nuestra Iglesia y en otras Iglesias cristianas, pero también en otras corrientes religiosas o no. Sin duda tienen sus detractores y hay quienes descalifican estas búsquedas como espiritualidades desencarnadas y sin compromiso. He de decir que las personas que yo he conocido -y podría mencionar aquí muchos nombres- no pueden ser tachadas de tales pues el camino hacia la profundidad les ha llevado siempre a las playas del perdón, la reconciliación, el amor y la preocupación por el otro. Tal vez podamos decir que no es el camino sino el caminante el que decide a dónde ir.

Están también los Díaz y los González, familias *típicamente uruguayas* si tal cosa existiera, agnósticos, sin mayor preocupación por lo trascendente, anclados en la cotidianeidad, deseosos de llevar una vida tranquila y sin sobresaltos que pretende *vivir y dejar vivir*, con bastante reticencia a todo lo que sea religión y más aún Iglesia..., pero que son muy buena gente y cuando hay un problema en el vecindario están ahí, y quieren lo mejor para sus hijos, y trabajan para brindárselo, y valoran la educación, la democracia, el carnaval y el football, todo eso tan nuestro. Espiritualidad del aquí y ahora, podríamos llamarla. Nunca están libres de que alguno de sus hijos les sorprenda un día diciéndoles que quiere ser cura, y se pregunten de dónde le pudo venir a éste tal berretín, y terminen descubriendo que por la rendija de los valores que sembraron en él, o quizá al revés por el hueco que dejaron al no formular palabra sobre la Trascendencia, se coló un día el Espíritu, y ya se sabe lo que pasó.

Tal vez un poco más lejos de los caminos que transito a diario me voy encontrando también con otros rostros. Me encuentro a mi vecino José que es umbandista, y cuyo universo espiritual está poblado de nombres y deidades para mí desconocidas y me habla de una religiosidad cuya matriz cultural hunde sus raíces en el mundo afro; y Maruja la peluquera que es astróloga, y Pedro el viejito de enfrente que está muy enfermo y habla con toda seguridad sobre sus vidas anteriores y de su próxima reencarnación, y mira a la muerte con ilusión como quien se prepara para un viaje al extranjero...

Podría seguir evocando personas, caras, imágenes... Mi amigo Franco que se ha integrado al Movimiento de Renovación Carismática, y con su experiencia de bautismo en el Espíritu habla en lenguas y da testimonio de haber sido sanado por la oración de la comunidad. Y el hijo de mi amiga Clara que pertenece a un movimiento eclesial de corte muy conservador y con sus 18 años habla un lenguaje que me evoca la teología y la praxis que aprendí en mi infancia, antes por supuesto del concilio Vaticano II, y mi tía Valentina a quien acompaño a veces a "pagar promesas" a la gruta de Lourdes...



En fin como se ve muy variada es esta galería de gente concreta, nacida y crecida en el Uruguay, que vive de manera muy diversa ese, - y vuelvo a citar a Rosa Ramos -, “modo de sentir, amar y vivir que anima todas nuestras relaciones, con Dios o lo trascendente, con los hombres, con la Naturaleza, con la Historia” que es la espiritualidad. Una constatación queda para cerrar esta evocación: más allá de cada matiz personal, hay sin embargo siempre una comunidad que ha generado y nutrido esa forma específica de espiritualidad. Las espiritualidades no son creaciones estrictamente individuales sino matrices forjadas en el seno de grupos humanos que comparten experiencias y reflexiones sobre la existencia, y en los cuales los hombres y mujeres encuentran guía, inspiración y protagonismo. Nuestro pequeño y al parecer gris paisito parece ser rico y variado en la generación de tales ámbitos.

**EL EVANGELIO DOMINICAL***José Antonio Pagola*

La Ascensión del Señor (A), Mateo 28, 16-20

**HACER DISCÍPULOS DE JESÚS**

Mateo describe la despedida de Jesús trazando las líneas de fuerza que han de orientar para siempre a sus discípulos, los rasgos que han de marcar a su Iglesia para cumplir fielmente su misión. El punto de arranque es Galilea. Ahí los convoca Jesús. La resurrección no los debe llevar a olvidar lo vivido con él en Galilea. Allí le han escuchado hablar de Dios con parábolas conmovedoras. Allí lo han visto aliviando el sufrimiento, ofreciendo el perdón de Dios y acogiendo a los más olvidados. Es eso precisamente lo que han de seguir transmitiendo.

Entre los discípulos hay «creyentes» y hay quienes «vacilan». El narrador es realista. Los discípulos «se postran». Sin duda, quieren creer, pero en algunos se despierta la duda y la indecisión. Tal vez están asustados, no pueden captar todo lo que aquello significa. Mateo conoce la fe frágil de las comunidades cristianas. Si no contaran con Jesús pronto se apagaría.

Jesús «se acerca» y entra en contacto con ellos. Él tiene la fuerza y el poder que a ellos les falta. El resucitado ha recibido del Padre la autoridad del Hijo de Dios con «pleno poder en el cielo y en la tierra». Si se apoyan en él, no vacilarán.

Jesús les indica con toda precisión cuál ha de ser su misión. No es propiamente «enseñar doctrina». No es sólo «anunciar al resucitado». Sin duda, los discípulos de Jesús habrán de cuidar diversos aspectos: «dar testimonio del resucitado», «proclamar el evangelio», «implantar comunidades»..., pero todo estará finalmente orientado a un objetivo: «hacer discípulos» de Jesús.

Esta es nuestra misión: hacer «seguidores» de Jesús, que conozcan su mensaje, sintonicen con su proyecto, aprendan a vivir como él y reproduzcan hoy su presencia en el mundo. Actividades tan fundamentales como el bautismo, compromiso de adhesión a Jesús, y la enseñanza de «todo lo mandado» por él, son vías para aprender a ser sus discípulos. Jesús les promete su presencia y ayuda constante. No estarán solos ni desamparados. Ni aunque sean pocos. Ni aunque sean sólo dos o tres.

Así es la comunidad cristiana. La fuerza del resucitado lo llena todo con su Espíritu. Todo está orientado a aprender y enseñar a vivir como Jesús y desde Jesús. El sigue vivo en sus comunidades. Sigue con nosotros y entre nosotros curando, perdonando, acogiendo... humanizando la vida.

Domingo de Pentecostés (A), Juan 20, 19-23

**BARRO ANIMADO POR EL ESPÍRITU**

Juan ha cuidado mucho la escena en que Jesús va a confiar a sus discípulos su misión. Quiere dejar bien claro qué es lo esencial. Jesús está en el centro de la comunidad llenando a todos de su paz y alegría. Pero a los discípulos les espera una misión. Jesús no los ha convocado sólo para disfrutar de él, sino para hacerlo presente en el mundo.

Jesús los «envía». No les dice en concreto a quiénes han de ir, qué han de hacer o cómo han de actuar: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Su tarea es la misma de Jesús. No tienen otra: la que Jesús ha recibido del Padre. Tienen que ser en el mundo lo que ha sido él.

Ya han visto a quiénes se ha acercado, cómo ha tratado a los más desvalidos, cómo ha llevado adelante su proyecto de humanizar la vida, cómo ha sembrado gestos de liberación y de perdón. Las

heridas de sus manos y su costado les recuerdan su entrega total. Jesús los envía ahora para que «reproduzcan» su presencia entre las gentes.

Pero sabe que sus discípulos son frágiles. Más de una vez ha quedado sorprendido de su «fe pequeña». Necesitan su propio Espíritu para cumplir su misión. Por eso, se dispone a hacer con ellos un gesto muy especial. No les impone sus manos ni los bendice, como hacía con los enfermos y los pequeños: «Exhala su aliento sobre ellos y les dice: Recibid el Espíritu Santo».

El gesto de Jesús tiene una fuerza que no siempre sabemos captar. Según la tradición bíblica, Dios modeló a Adán con «barro»; luego sopló sobre él su «aliento de vida»; y aquel barro se convirtió en un «viviente». Eso es el ser humano: un poco de barro, alentado por el Espíritu de Dios. Y eso será siempre la Iglesia: barro alentado por el Espíritu de Jesús.

Creyentes frágiles y de fe pequeña: cristianos de barro, teólogos de barro, sacerdotes y obispos de barro, comunidades de barro... Sólo el Espíritu de Jesús nos convierte en Iglesia viva. Las zonas donde su Espíritu no es acogido, quedan «muertas». Nos hacen daño a todos, pues nos impiden actualizar la presencia viva de Jesús. Muchos no pueden captar en nosotros la paz, la alegría y la vida renovada por Cristo. No hemos de bautizar sólo con agua, sino infundir el Espíritu de Jesús. No sólo hemos de hablar de amor, sino amar a las personas como él.

La Santísima Trinidad (A), Juan 3, 16-18

### **DIOS AMA ESTE MUNDO**

Jesús puede ser considerado desde perspectivas diversas. Puede ser visto como problema histórico, gran líder religioso, un dogma, el inspirador de un camino liberador... El evangelista Juan nos invita a acogerlo como el «mejor regalo» que Dios ha hecho al mundo.

Jesús está hablando con un maestro judío, llamado Nicodemo. No conversan sobre los problemas conflictivos de la Ley judía. Jesús centra la atención en temas de los que apenas se habla en Israel: cómo «renacer» a una vida nueva, qué camino seguir para «tener vida eterna»...

De pronto Jesús pronuncia unas palabras que trascienden cualquier conversación humana, y resumen de manera grandiosa todo el misterio que se encierra en él: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna».

¿Qué podemos sentir, al escuchar estas palabras, los hombres y mujeres de hoy, atraídos por todo bienestar inmediato y tan escépticos ante promesas lejanas de vida eterna? ¿Qué nos puede decir el amor de Dios en una sociedad llena de intereses, objetivos y luchas tan contrarios al amor?

Las palabras de Jesús destacan lo inmenso y universal del amor de Dios. No podía ser de otra manera. Dios ha amado al «mundo», no sólo a Israel, a la Iglesia, a los cristianos... Ha enviado a su Hijo, no para «condenar», sino para «salvar», no para destruir, sino para dar vida eterna. Lo sepa o no, el mundo existe, evoluciona y progresa bajo la mirada amorosa de Dios.

Para saber algo de ese Misterio de Amor que sostiene el mundo, el mejor camino es el mismo Jesús. Acercándonos al Hijo, podemos ver, palpar e intuir cómo es el Padre con todos sus hijos. Viéndolo actuar, podemos captar cómo es el Espíritu que anima a Dios.

Todos los gestos, símbolos, palabras, doctrinas, objetivos y estrategias del cristianismo han de nacer, alimentarse y reflejar ese misterio del Amor de Dios al mundo entero. Si no es así, la religión se encierra en sí misma; los signos se «sacralizan»; el anuncio cristiano pierde en buena parte su significado más auténtico; pueden incluso inventarse prácticas, costumbres y estilos de vivir alejados de la

verdad cristiana original. (Eclesalia Informativo autoriza y recomienda la difusión de sus artículos, indicando su procedencia).

Cuerpo y Sangre de Cristo (A), Juan 6, 51-59

### **EXPERIENCIA DECISIVA**

Como es natural, la celebración de la misa ha ido cambiando a lo largo de los siglos. Según la época, teólogos y liturgistas han ido destacando algunos aspectos y descuidando otros. La misa ha servido de marco para celebrar coronaciones de reyes y papas, rendir homenajes o conmemorar victorias de guerra. Los músicos la han convertido en concierto. Los pueblos la han integrado en sus devociones y costumbres religiosas...

Después de veinte siglos, puede ser necesario recordar algunos de los rasgos esenciales de la última Cena del Señor, tal como era recordada y vivida por las primeras generaciones cristianas.

En el fondo de esa cena hay algo que jamás será olvidado: sus seguidores no quedarán huérfanos. La muerte de Jesús no podrá romper su comunión con él. Nadie ha de sentir el vacío de su ausencia. Sus discípulos no se quedan solos, a merced de los avatares de la historia. En el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía está Cristo vivo y operante. Aquí está el secreto de su fuerza.

De él se alimenta la fe de sus seguidores. No basta asistir a esa cena. Los discípulos son invitados a «comer». Para alimentar nuestra adhesión a Jesucristo, necesitamos reunirnos a escuchar sus palabras e introducirlas en nuestro corazón, y acercarnos a comulgar con él identificándonos con su estilo de vivir. Ninguna otra experiencia nos puede ofrecer alimento más sólido.

No hemos de olvidar que «comulgar» con Jesús es comulgar con alguien que ha vivido y ha muerto «entregado» totalmente por los demás. Así insiste Jesús. Su cuerpo es un «cuerpo entregado» y su sangre es una «sangre derramada» por la salvación de todos. Es una contradicción acercarnos a «comulgar» con Jesús, resistiéndonos egoístamente a preocuparnos de algo que no sea nuestro propio interés.

Nada hay más central y decisivo para los seguidores de Jesús que la celebración de esta cena del Señor. Por eso hemos de cuidarla tanto. Bien celebrada, la eucaristía nos moldea, nos va uniendo a Jesús, nos alimenta de su vida, nos familiariza con el evangelio, nos invita a vivir en actitud de servicio fraterno, y nos sostiene en la esperanza del reencuentro final con él.

## HISTORIA E HISTORIAS DE JACINTO VERA

Pablo Dabezies



Miro la tapa y leo que el libro va por su tercera edición, con más de 1.500 ejemplares vendidos, lo que para el Uruguay es una cantidad apreciable, y más si se trata de una publicación de temática religiosa. Me refiero al *Don Jacinto Vera. El misionero santo*, de Laura Álvarez Goyoaga, editado a mediados del año pasado por "Sicut Serpentes" y "doble clic editoras".

Mi propósito no es una valoración literaria, porque no tengo la competencia necesaria. Me remito al juicio autorizado de Tomás de Mattos, en la solapa posterior: "*Les puedo asegurar que ustedes se van a encontrar con un relato muy ameno, muy dinámico y muy fundamentado. La novela, desde el punto de vista psicológico, es espléndida*".

Justamente, se trata de una novela de unas trescientas páginas sobre ese gran y primer obispo de la Iglesia uruguaya. Fue éste el soporte elegido para divulgar toda o buena parte de la investigación realizada por el P. Alberto Sanguinetti, hoy obispo de Canelones, con el fin de elaborar la *Positio*, documento oficial sobre una persona de quien se promueve la beatificación. Ese exhaustivo y voluminoso estudio puso sobre la mesa una serie de datos que arrojan nueva luz sobre algunos hechos claves en la vida de Vera que la historiografía uruguaya ha tratado hasta el momento de una manera que no se corresponde con esa información recabada por Sanguinetti en los hasta ahora no consultados Archivos Vaticanos.

Debo confesar que fue sobre todo esto lo que me llevó a leer el libro, alentado además por lo que se dice en la contratapa: *Los hechos consignados en esta historia novelada, así como los diálogos entre los personajes, tienen como fuente principal la Positio...* Es cierto que, por ejemplo, acontecimientos como la remoción en 1861 del cura de la Matriz, Juan José Brid, atribuida comúnmente por los historiadores uruguayos a sus simpatías masónicas, y el enfrentamiento que provocó, tiene otras causas tanto o más importantes que esa. Y no se trata de un hecho cualquiera, ya que se le ha asignado un papel determinante en el desencadenamiento del proceso de secularización en nuestro país. Lo mismo podría decirse del conflicto con el gobierno presidido por el presidente Bernardo Berro, que acabó con Vera desterrado en Buenos Aires en 1862. Para no alargar, es de notar la abundancia de información que la novela entrega sobre la penosa situación interna de la Iglesia, en particular del clero, los conflictos que la agitaban y la obra verdaderamente extraordinaria de Vera. Y, por consiguiente, la manera nueva de interpretar determinados acontecimientos. En ese sentido, vale la pena leer esta obra.

Tengo que decir, de todos modos, que personalmente me causa una sensación extraña que todo ese valiosísimo caudal de datos no conocidos sea transmitido en una novela. A pesar de las advertencias citadas, parece medio inevitable preguntarse por momentos si lo que uno lee es realmente historia o al menos en parte ropaje literario. Acostumbrado a la novela histórica, francamente no he podido dejar de lado esa reserva que, por experiencia, uno sabe imprescindible ante obras de ese género.

El libro está construido como en dos planos de tiempo: a la muerte de su tía alguien encuentra en sus papeles una biografía de mons. Vera, que es lo que se va transcribiendo, intercalando momentos de la vida actual. En ellos se aprovecha a veces para hacer una crítica, a mi parecer innecesariamente dura, a esas otras visiones sobre Vera a las que aludí, en particular, pero sin nombrarlo, a José Pedro Barrán y su *Historia de la sensibilidad uruguaya*. Me parece que esto contribuye a debilitar lo que intenta transmitir el libro desde el punto de vista histórico.

Con otro rigor como elaboración de historia tenemos acceso a una parte de la investigación de Alberto Sanguinetti, en dos artículos aparecidos en la revista de la Facultad de Teología *Soleriana*, de finales de 2010 (aunque corresponda a los números 29 y 30 de 2008-2009). Sobre todo el primero, y más largo, "El Siervo de Dios Mons. Jacinto Vera, Padre y Patriarca de la Iglesia en el Uruguay" (pp. 39-93), es el que nos acerca esa información hasta ahora no conocida o no tenida en cuenta, así como una interpretación diversa de algunos momentos de la historia de las relaciones Iglesia y Estado y de la misma vida eclesial en la segunda mitad del s. XIX. Allí encontramos otro soporte crítico, aunque se haya mantenido básicamente el estilo coloquial de lo que fue originariamente una ponencia presentada en la misma Facultad.

Me pregunto cuánto de esto será tenido en cuenta y valorado por la historiografía vernácula para revisar o al menos completar o contrastar análisis y juicios sobre este protagonista fundamental de nuestra historia que fue don Jacinto Vera.

## WEBEANDO: ESPACIO LAICAL EN CUBA

*César Aguiar*

Sabemos poco, muy poco, de la experiencia de la iglesia en Cuba. Pero hoy por hoy, Internet mediante, es bastante fácil acercarse preliminarmente al tema. Un paseo por La Habana desde Google Earth, una rápida búsqueda en Google o en Wikipedia nos permite una aproximación sencilla. Pero sugiero francamente dedicar un tiempito a mirar por dentro [www.espaciolaical.org](http://www.espaciolaical.org), “un proyecto de comunicación social, que constituye el órgano de prensa del Consejo de Laicos de la Arquidiócesis de La Habana”.

Tiene muchísimo interés en la búsqueda de objetivos ambiciosos: “ofrecer una lectura cristiana de nuestra sociedad, en diálogo con otras visiones”, “crear un **espacio** para todos (...) para los diferentes ámbitos de la actividad social, política, económica, cultural”, “con el propósito de insertarnos y contribuir de manera humilde a la obra creadora de una sociedad cada vez más próspera y fraterna”, queriendo ver “en esta sencilla unión de lo diverso, un símbolo de la posibilidad de armonizar lo aparentemente contradictorio, si en ello se pone inteligencia, tesón y voluntad, con la intención de edificar la **Casa Cuba**”. La revista es una versión digital de una revista plana, que ya lleva siete años de vida y que en abril-junio del 2011 llegó a su edición número 26.

En ese número puede consultarse el Dossier “Cuba, ¿hacia un nuevo pacto social?”, donde un conjunto de intelectuales reflexiona sobre la situación actual de Cuba y sus perspectivas de desarrollo político y social. En la introducción del Dossier, la revista explica: “Si algo define en la actualidad a Cuba es la pluralidad. Es por ello que, en la hora presente, resulta estratégico construir una nación próspera e inclusiva, donde tengan cabida todos los miembros del amplio universo nacional. Estos desafíos nos llevan a preguntarnos si urge reformular el pacto social vigente en Cuba durante los últimos 50 años”. Vale la pena leerlo con atención, así como mirar también la editorial titulada “No nos cansaremos de abogar por los cambios necesarios”. La revista es de amplísimo interés, y permite acceder a una serie de miradas bien distintas a las que vemos habitualmente en los medios -ya sean favorables o críticos de la situación cubana actual-. La página permite enlaces con otras páginas de la iglesia en Cuba.